

HACE CIEN AÑOS

Inauguración del Palacio de la Unión y el Fénix

Uno de los edificios más emblemáticos de la calle Alcalá, o podemos decir que también de la Gran Vía, pues “divide”, de alguna manera ambas vías, el Palacio de la Unión y el Fénix, se inauguraba, para alegría de sus promotores, en 1911, tan solo unos meses después de la inauguración de su “vecino”, el Casino de Madrid.

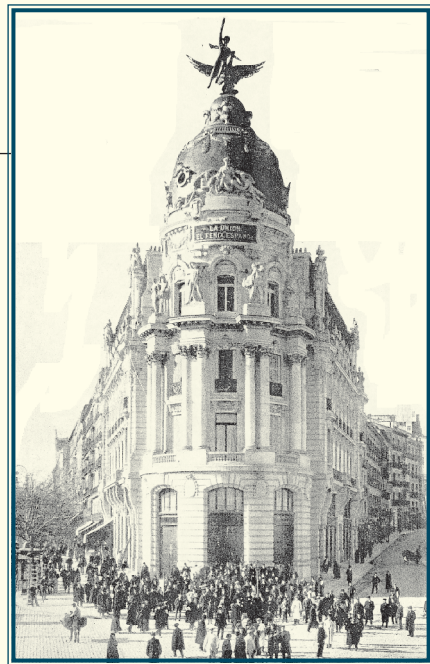
Las obras de este singular edificio habían comenzado el 4 de junio de 1907. Para su construcción se adquirieron los solares de las casas 37, 39, 41, 43 y 45 de la calle Alcalá.

“El edificio —relataba el semanario “Blanco y Negro”— consta de seis plantas, cuya altura total es de 26 metros, y tiene además dos pisos de sótanos (...) En su construcción se han empleado tres años. El importe total del edificio, comprendiendo el terreno, ha sido de 4.000.000 de pesetas”.

Para la construcción del edificio, tal y como era habitual en esos principios de siglo XX, en obras de tanta importancia, se convocó un concurso entre arquitectos españoles y franceses. El primer premio correspondió a los arquitectos franceses señores Jules y Raymond Féryrier; la dirección de la obra correspondió a un arquitecto español, D. Luis Esteve.

El bello edificio se adornaba con varias esculturas de “insignes artistas”, entre ellos, nuestro consocio Mariano Benlliure.

Afortunadamente, el notorio y singular edificio, uno de los más significativos de la madrileña Gran Vía, ha resistido no sólo el paso de los años, sino también las muchas circunstancias críticas que, en épocas muy concretas, sufrió todo Madrid. Superó los efectos devastadores de una guerra, e incluso se salvó de las amenazas de los especuladores.



Alegrémonos, pues, de poder admirarlo todos los días, cuando, desde Cibeles, nos acercamos al Casino.

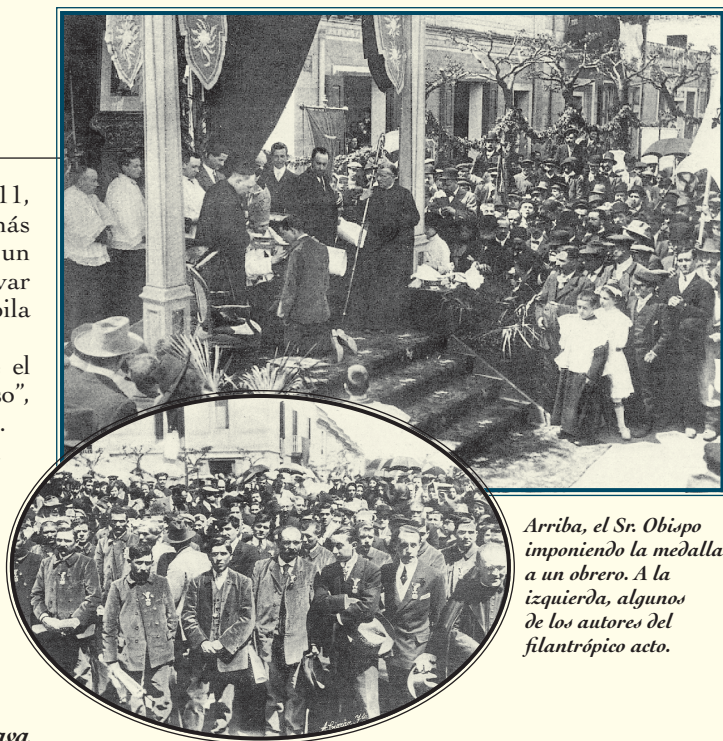
Nuño Vilanova

Celebración de un acto heroico

La colonia Güell celebraba a mediados de 1911, hace algo más de cien años, uno de los actos más generosos de los que tenía España constancia: un grupo de obreros ofrecía su propia piel para salvar a un compañero que había caído semanas antes en una pila de ácidos.

Tras la correspondiente celebración litúrgica, en la que el Obispo de la Colonia hizo un “elocuente y emotivo discurso”, se impusieron medallas “a los autores de tan filantrópico acto”.

Los españoles, a quienes tantas veces, y en ocasiones con razón, se nos acusa de individualistas y hasta de egoístas, somos, llegado el momento, maestros en solidaridad y filantropía. Y ello se pone de manifiesto, siempre, absolutamente siempre que ocurre una grave desgracia. Entonces todos acudimos a socorrer al necesitado, llegando a veces al heroísmo. Y eso debe ser justo motivo de orgullo para todos. Pero no estaría mal que a la vez, fuéramos capaces de ayudar, a diario, a quien tenemos al lado.



Arriba, el Sr. Obispo imponiendo la medalla a un obrero. A la izquierda, algunos de los autores del filantrópico acto.

M. de la Nava